

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL

LA ESPAÑA DRAMÁTICA

DE

D. JOSÉ GARCÍA DE SOLIS.

NO MAS SECRETO.

4 RS.

NÚMERO 46.

MADRID:

Librería de la viuda é hijos de D. José Cuesta, Carretas, Número 9.

Librería de Moya y Plaza, sucesores de Matute, Carretas, Número 8.

SALAMANCA: IMP. DE LA CASA HOSPICIO.

CATÁLOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS.

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Batalla de Lepanto.
Frutos amargos.
El Monarca cenobita.
Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Muger y madre.
El curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La estrella de las montañas.
La ley de raza.
Sancho Hortiz de las Roelas
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trobador, *refundido.*
Cristóbal Colon.
Un honbre de Estado.
El primer Giron.
El tesoro del Rey.
El lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el Ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el Chico.
El fuego del cielo.
Un juramento.
El dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS.

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos vé.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la Corte.
¡Mejor es crer!
Los órganos de Móstoles.
La escuela de los ministros.
El fondo y la corteza.
El tesoro del diablo.
La flor de la maravilla.
El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision,
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de su alteza.
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas.
Tres al saco.
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la Reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.

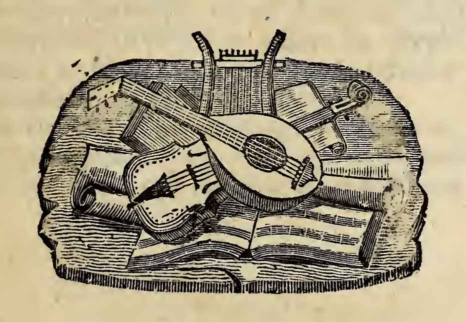
NO MAS SECRETO,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON MARIANO PINA.

Cuarta edicion.



NÚMERO 46.

SALAMANCA:
IMPRENTA DEL HOSPICIO
1866.

PERSONAJES.	ACTORES.
CIRILO. . . . . , .	DON M. FERNANDEZ.
TERESA	DOÑA P. TABLARES.
MATILDE.	DOÑA A. CHAFINO.
DON PEDRO.	SEÑOR PLÓ.
DON AMADEO.	SEÑOR TORROBA.
CÁRLOS.	SEÑOR ALVERÁ.

LA ESCENA ES EN MADRID.

ACTO ÚNICO.

Habitacion decentemente amueblada, puerta en el fondo y en uno de los costados.—En el opuesto una mesa con pinceles, cajas de pinturas y libros.

ESCENA PRIMERA.

Cirilo, *sentado á la mesa pintando.*

Pues señor, dos pinceladas
y concluyo mi tarea.
Que diga luego el primito
que no soy hombre de prendas.
Qué grupo! Qué natural
se descubre esta cabeza
con su marcada espresion
de temor y de inocencia!
Qué dibujo tan correcto!
Qué elegancia, qué firmeza
en los toques, y qué gracia
en las líneas, curvirectas!
Es cuanto se puede hacer:
voy á llamar á Teresa
para que me dé su voto
sobre el ancho de la greca.
(Llamando.)
Teresa! Estará cosiendo
El rasgon de mi capeta.
Pobrecita! se ha pensado

que al entrar en una Iglesia
salió rota del bullicio.
Inocente! Si supiera
que fué en un crudo combate
con Serafina la tuerta...
Guapa muchacha; rolliza;
como un melon cada pierna;
buenos ojos... no, buen ojo;
porque el otro una tormenta
de granizos y de nubes...
Pero señor, qué Lucrecia!
Ya se vé, yo me meti
con botas y con espuelas,
y ella de cada puñada
me fracturaba una muela.
En fin, cuando he desistido
de tal conquista... Teresa,
te has vuelto sorda, mujer?

ESCENA II.

CIRILO.—TERESA.

TERESA. Vaya, qué quieres?
CIRILO. Que vengas,
y me digas tu opinion
sobre esta hermosa viñeta
que pienso poner al cuadro.
TERESA. Pero, hombre, que tengas flema
para pasarte las horas
pintando tales simplezas?
CIRILO. Simpleza, llamas mugér,
á una ocupacion tan séria?
Este grupo no lo pinta
ni Atanasio Bocanegra.
TERESA. Si, un grupo de perros dogos.
CIRILO. Grupo es como otro cualquiera.
TERESA. Trabajar siete semanas,
pasando noches en vela,
para pintar veinte perros.
CIRILO. Diez y seis: hay cuatro perras.
TERESA. Dejémonos de sandeces
que la costura me espera,
y quiero zurcir hoy mismo
el rasgon de la capeta
para que salgámos juntos.

CIRILO. Muger, tú te has vuelto lela.
Salir juntos?
TERESA. Sí señor;
y lo que viniere venga,
Ya estoy harta de tapujos,
de embustes y de...
CIRILO. Teresa...
Vamos, no te desesperes.
Tú sabes que yo quisiera
darte gusto; mas mi tio
con su genio...
TERESA. Que se muera.
CIRILO. Ese es cabalmente el caso.
la muerte que se desea...
TERESA. Yo no deseo su muerte:
quiero, si, que se convenza
de que tu enlace conmigo
no ha sido el de un calavera,
y perdonando tu falta
de no pedirle licencia
para la boda, vivamos
en la casa y fuera de ella
como casados. Lo entiendes?
CIRILO. Canario! no estás contenta
con mi modo de portarme
en la casa? Bueno fuera
que despues de cinco meses
de darte contínuas pruebas,
dudáras de mi cariño.
TERESA. Sí, sí, mucho te desvelas
por mi amor; mas todavía
no has tenido la ocurrencia
de dirigirle á tu tio
una carta con dos letras,
que principien á indicarle
nuestra boda.
CIRILO. En la carpeta
tengo la que le escribí
el dia de noche buena,
pidiéndole el aguinaldo
con algunas indirectas,
que le dieran á entender
nuestra feliz ocurrencia.
Pero como en el momento
de mandarla á la estafeta,
recibí la de D. Juan
con la sorprendente nueva
de que el tio estaba en cama

atacado de viruelas,
no quise que estando enfermo
la noticia recibiera
del enlace, y suspendí
la remision de mi esquela.
No hice bien?

TERESA. Sí, sí, muy bien.
Más vale que no lo sepa
por ahora.

CIRILO. Ves, muger?
Tú eres en el fondo buena,
y conoces que en el dia
fuera marcada imprudencia
darle tal sofocacion...
porque perder una herencia
es cosa muy peliaguda.
Para que así no suceda,
es preciso caminar
con precaucion y cautela.
Figúrate que mi tio
es de los hombres que piensan
que un jóven de veinte años
es un chiquillo de teta.
Yo tengo ya veinticinco,
y conseguí á duras penas
que me dejara venir
á concluir mi carrera...

TERESA. Pero al fin te dió permiso,
no es verdad? Con eso pruebas
que tu tio es como todos.
En el principio dureza,
tono imperioso, mal gesto,
y despues una manteca.

CIRILO. Sí; pero la suya es rancia,
y con un olor que vuelca.
Bien se conoce que tú
no presenciaste la cena
que precedió á mi partida.
Con un rostro de baqueta,
sentado enfrente de mi,
repitió la misma arenga
unas treinta y cinco veces.
«Cirilo, te doy licencia
de trasladarte á Madrid;
tu educacion es selecta,
con lo cual, y los papeles
que llevas en la cartera
para personas de influjo,

como es el maesstro de escuela
de la calle de Alcalá,
y un meritorio de rentas,
se podrá proporcionar
que te dén una intendencia
ó administracion de aduanas:
en fin, cualquier friolera
para empezar, que despues
de metida la cabeza,
subirás como la espuma.
Nada de amigos, ni fiestas;
y sobre todo, Cirilo,
cuidado con que yo sepa
que en materia de muchachas...
La muger es una fiera,
que para daño del hombre
puso Dios sobre la tierra.
Hazle la cruz, no la mires:
si te hablare no la creas...»

TERESA. Pues no hay duda que tu tio
lo entiende. Llamarnos fieras,
cuando en la escala animal
es la muger la primera!..

CIRILO. Oh, sí, despues de la sierpe!..

TERESA. Cómo! tú tambien profesas?..

CIRILO. No, muger: la que has oido
es otra de las ideas
que mi tio me inculcaba.
Yo comiendo por respuesta,
á la mañana siguiente
saltando sobre mi bestia,
(un burro) fuí galopando
por entre montes y breñas
hasta llegar á Madrid.

TERESA. Y has cumplido tus promesas!

CIRILO. Toma! tengo yo la culpa
de que tú tan linda seas,
y de haberte conocido?
Y nuestra vista primera
no fué ni muy agradable,
ni pacífica... Te acuerdas?
Desde la Puerta del Sol
á la calle de Carretas
cruzabas tú como un rayo
tan curiosa y tan dispuesta.
Te miro; me haces tilin,
y parto como centella
dispuesto á seguirte el bulto

hasta saber tu vivienda.
Lo adviertes; doblas el paso,
alígero yo mis piernas;
corremos plazas y calles,
y por último te cuelas
en el dichoso portal...

TERESA. De casa de mi maestra.

CIRILO. Penetro yo al tiempo mismo;
el aire entorna la puerta;
y del primer argumento...

TERESA. Me quebraste la peineta.

CIRILO. Es verdad, con las narices.
Yo soy así: muy tronera
para lances amorosos.

TERESA. Pues te salió mal la treta.

CIRILO. Ya se vé, si tu virtud
me puso á tontas y á ciegas.
Un puñetazo en los ojos
y diez ó doce en la testa,
son capaces de acabar
con la pasion más violenta...
Y sobre todo, aquel llanto
me desarmó. Cada perla...
juré casarme contigo,
aunque el mundo se opusiera.

TERESA. Y lo has hecho: mas de modo
que ni luzca ni parezca.

CIRILO Tú ciertamente querrias
tirar dos mil papeletas.

TERESA. Si no vivo disgustada;
pero estar casada á medias,
no es cosa muy divertida.
Ya todas mis compañeras
de costura van notando
que no concluyo las prendas
con la prontitud que antes:
tal vez abriguen sospechas...

CIRILO. Pues ya poco ha de durar
esta posicion incierta;
porque en sabiendo que al tio
se le curan las viruelas,
se le dice.

TERESA. Bien. Adios:
que la costura me espera.

CIRILO. Y el abrazo?

TERESA. Déjate...

CIRILO. Si lo permite la iglesia,
y no solo lo permite

sino que lo recomienda.
TERESA. Siempre has de tener pretesto.
(Le abraza y váse.)
CIRILO. Adios hermosa Teresa.

ESCENA III.

CIRILO.

Yo prosigo con mi grupo.
Me parece que esta oreja
es tan larga como el rabo.
Dando estension á la pierna...

ESCENA IV.

CIRILO.—MATILDE.

MATILDE. Sálveme usted, caballero,
escóndame por piedad!
CIRILO. Señorita!
MATILDE. Será usted el medianero,
y le diré la verdad.
CIRILO. Y es bonita.
MATILDE. Si usted no me presta ayuda,
ni le mueve mi dolor,
soy perdida.
CIRILO. Bien, mi presencia os escuda;
mas indíqueme el favor,
la venida...
MATILDE. Hable usted con prevencion,
es hombre de mucha bilis...
Tengo un miedo!
CIRILO. Pero espliqueme el busílis
de tanta conversacion,
sin enredo.
MATILDE. Pues no le dije? Tal vez.
Sepa que tengo un amante.
CIRILO. Buen provecho.
MATILDE. Que en figura, en honradez
y peregrino semblante...
CIRILO. Sin desecho.
Es cosa muy natural
que para usted no le tenga.
Pero vamos,

criatura celestial,
laconice usted su arenga,
y sepamos...

MATILDE. Mi amante y yo nos queremos...

CIRILO. De veras? Es caso estraño;
pues á ella.

MATILDE. Tal pensamiento tenemos;
pero mi padre...

CIRILO. Es tacaño?
Le hará mella...

MATILDE. No señor, eso es lo raro:
está conforme, gustoso.

CIRILO. No le entiendo.

MATILDE. Lejos de poner reparo,
quiere buscarme un esposo.

CIRILO. Ya comprendo...
el papá sin duda quiere...

MATILDE. Si, que mi amante le hable,
conocerlo;
pero él se niega: prefiere,
como lo mas razonable,
el no verlo.

CIRILO. Tomará la cosa á juego
si lejos de complacer
se detiene...

MATILDE. Dice que su amor es ciego,
y que á nadie puede ver.

CIRILO. Vaya un nene!
Bien: y cuál es la razon
de la presente reyerta,
del jaleo?

MATILDE. Lo diré: mi habitacion,
como todas, tiene puerta.

CIRILO. Ya lo creo.

MATILDE. El aguador, la criada...
Quién sabe? Al salir ó entrar,
olvidaron
que debia estar cerrada,
tanto que de par en par
la dejaron.
Yo estaba en mi costurero
sin el mas leve cuidado,
tan sencilla,
cuando veo un caballero
que sin reparo á mi lado
toma silla.
Al pronto me sorprendí;
mas mirándole el semblante

de hito en hito,
con sorpresa y todo vi
que era mi Carlos, mi amante.

CIRILO. Qué angelito!

MATILDE. Le puse el ceño iracundo,
y le reñí. Vaya un arte
de tronera!

CIRILO. Si lo que pasa en el mundo
no pasa en ninguna parte
de la esfera!
Y despues, qué sucedió?

MATILDE. Reprenderle su osadia:
levantarme;
decirle á todo que no,
y con mucha sangre fria
retirarme.
Me parece que hice bien,
despues del regaño irme.
Tengo un pronto!
El se levantó tambien
y trató de perseguirme.

CIRILO. No fué tonto.

MATILDE. Asi salimos corriendo
hasta la misma escalera
que lloroso,
perdon me estuvo pidiendo,
pálido como la cera.

CIRILO. Qué miedoso!

MATILDE. Hablaba tan tiernamente,
que al fin tuve que ceder,
perdonarlo.
Y lo exigió tan prudente,
que juzgué por un deber
abrazarlo.

CIRILO. Segun usted ha indicado,
no sigue la escuela antigua.

MATILDE. Cuál es ella?

CIRILO. La del puño levantado,
La que primero santigua
que resuella.

MATILDE. No entiendo tal distincion.

CIRILO. Yo si, que aun tengo chichones;
vaya, siga.

MATILDE. Ya llegó la conclusion.
Estando en estas razones
qué fatiga!
oigo á mi padre decir,
desde abajo «desdichados!!»

y lo miro
las escaleras subir
con ojos desencajados,
como un tiro.
En tan grave situacion,
no quedaba más amparo
que la huida.
Ya sabe usted la razon
que motiva mi descaro,
mi venida.

CIRILO. Pero y usted dónde habita?

MATILDE. En el cuarto principal
de la izquierda.

CIRILO. Y el novio no necesita
que lo socorran?

MATILDE. No tal.

CIRILO. No se pierda...

MATILDE. Cuando á mi padre sintió,
tomó la escalera arriba,
yo tambien;
mas luego me adelantó.
Desconozco en lo que estriba
su desden.

CIRILO. En qué consiste? En el miedo.

MATILDE. Escóndame usted á mi.
Siento ruido.
Es mi padre.

CIRILO. Yo no puedo...

MATILDE. Que ya se acerca... héle ahí.
Me he perdido.

ESCENA V.

Dichos.—DON AMADEO.

AMADEO. Por fin os encuentro, infames!

MATILDE. Sosiéguese usted.

AMADEO. Malvada!

MATILDE. Mi amante... Este caballero
os contará lo que pasa
(Váse por el fondo.)

ESCENA VI.

CIRILO.—DON AMADEO.

CIRILO. Bueno, yo lo contaré.

AMADEO. Ya me sobraba la gana
de ver á usted.
CIRILO. Hombre, sí?..
Pues yo siempre estoy en casa.
Si usted hubiera venido...
AMADEO. No vine por ignorarla.
CIRILO. En qué puedo complacerle?
AMADEO. Ingratos, es mucha infamia!...
CIRILO. Habla usted de la ocurrencia?
Cálmese. No ha sido nada.
Un abrazo de perdon,
sin malicia. Muchachadas
que preludian... ó la boda...
AMADEO. Ó romperle á usted el alma.
CIRILO. Á mí?
AMADEO. Si señor, á usted.
CIRILO. Cuál es la razon, la causa?
AMADEO. Usted quiere divertirse,
y no yo sufro humoradas
de ningun hombre. Me entiende?
La boda se hará mañana,
ó el plomo decidirá.
CIRILO. Qué boda ni qué alcaparras?
(Este hombre viene bebido.)
Sepa usted amigo...
AMADEO. Basta;
que ya mi furor se enciende,
y el sufrimiento me falta
para escuchar sus insultos.
Á mí ninguno me engaña.
Ha mamado usted muy poco.
CIRILO. Hombre... una cosa arreglada:
seis años y cuatro meses.
Me parece que no es tanta
la cortedad.
AMADEO. Finalmente,
responda usted á las claras
si está dispuesto á casarse.
CIRILO. Yo casarme?
AMADEO. Y sin tardanza.
CIRILO. Yo?
AMADEO. Si señor.
CIRILO. Y con quién?
AMADEO. Con la inocente muchacha
que piensa usted seducir.
CIRILO. La tuerta?
AMADEO. Mil rayos caigan!
Con mi hija.

CIRILO. Su hija de usted?
La que hace poco me hablaba?
Eso es materia imposible.
AMADEO. Por qué?
CIRILO. Por mil circunstancias.
AMADEO. No es usted soltero?
CIRILO. Ya.
AMADEO. Pues entonces, qué le ataja?
CIRIILO. Que yo no puedo quererla,
y ella tiene quien...
AMADEO. Canalla.
la desprecia!
CIRILO. Atienda usted.
AMADEO. Quiere decir que las armas
me vengarán. Sangre, si,
quiero sangre. La reclama...
CIRILO. Sangre? Pues al matadero.
Quizá con un real de plata
que compre usted se hartará...
AMADEO. Tratar á una niña honrada,
prometerle ser su esposo,
y en seguida... accion villana!
CIRILO. Si está usted en un error.
Ella vino aquí asustada,
pidiéndome, suplicando
que yo con usted hablara.
AMADEO. No escuho mas evasivas.
CIRILO. La niña quiere, idolatra...
AMADEO. Ya le he dicho á usted que calle.
CIRILO. Y á mí no me dá la gana.
AMADEO. Infame!
CIRILO. Tambien es bueno!..

ESCENA VII.

Dichos.—TERESA.

TERESA. Cirilo, qué es lo que pasa?
AMADEO. Una muger en su cuarto.
Esto solo me faltaba.
Quién es esa jóven?
TERESA. Cómo?
CIRILO. Esta jóven? Es... mi hermana.
TERESA. Pero, qué ocurre?
AMADEO. Acabemos.
Con pistola, ó con espada?
TERESA. Cirilo, vas á batirte?

AMADEO. Y á morir de una estocada.
CIRILO. Y yo por qué he de morir?
TERESA. Pero, de quién es la falta?
CIRILO. Del señor: yo no me bato.
AMADEO. Voy á recoger las armas,
y advierta que cuando vuelva,
si no escoje hierro ó bala,
le hago ceniza el pescuezo
y lo echo por la ventana.
(Váse por el fondo.)

ESCENA VIII.

TERESA.—CIRILO.

CIRILO. Ese hombre es un animal.
TERESA. Qué motivo hay para eso?
Cuéntame todo el suceso.
CIRILO. Has visto tú cosa igual?
Hará como media hora
que estaba aquí trabajando,
y así cual de contrabando,
se presenta una señora.
Cuenta que tiene un amante
á quien adora su pecho,
y que el papá está deshecho
porque se case al instante.
Que hablando los sorprendió,
y ella temiendo morir,
tomó el partido de huir,
y en este cuarto se entró.
Tal me contaba la niña,
cuando viene su papá,
ella escapó, y á él le dá
por armar conmigo riña.
TERESA. Vaya un hombre sin talento!
CIRILO. Y á no valerme la calma...
Que me iba á romper el alma
fué su primer argumento.
Por fin, tú acabas de oir
lo que dijo al despedirse:
que es necesario batirse,
ó rebentado morir.
TERESA. Está bueno el compromiso!
y tú que piensas hacer?
CIRILO. La verdad... no quiero ver
tan temprano el Paraiso.

TERESA. Déjate de tonterias,
que el caso no es para juego;
no estés con ese sosiego...
CIRILO. Vamos á ver. Tú, qué harias?
TERESA. Lo primero no batirme.
CIRILO. Bravo: no lo desestimo.
Pero aqui viene tu primo:
este podrá dirigirme.

ESCENA IX.

Dichos.—CÁRLOS.

CÁRLOS. Cirilo, tienes qué hacer?
CIRILO. Mucho; mas de mala gana.
CÁRLOS. Siempre en tu vida holgazana,
y cuando te he menester...
TERESA. Tú no sabes lo ocurrido?
se encuentra desafiado.
CÁRLOS. Este? Já, já, me ha chocado.
Cirilo, y has admitido?
CIRILO. Yo no lo sé á punto fijo.
Si todo se lo charló,
y tiempo no me dejó...
CÁRLOS. Pero bien, y qué te dijo?
Dime quién es, el por qué.
CIRILO. Quién es? Un original
que tiene mas de animal,
que de bueno san José.
Padre de una señorita,
que huyendo de su coraje,
vino á pedirme hospedaje,
temblando la pobrecita.
CÁRLOS. De negros ojos, morena,
hará como media hora,
vivaracha, encantadora?
Entonces no tengas pena.
CIRILO. Cómo? Te vas á burlar?
CÁRLOS. Muy al contrario. Ese duelo,
que te causa tal desvelo,
quizá se podrá evitar.
CIRILO. Bueno.
CÁRLOS. Pero en cambio de esto
has de mostrarte propicio
para hacerme un gran servicio.
CIRILO. Para todo estoy dispuesto.
TERESA. Que no vayas á meterle,

por hacerte á ti un favor,
en otra cosa peor.

CÁRLOS. Querré yo comprometerle?
CIRILO. Vamos á ver, qué tenemos?
CÁRLOS. Has de hablarle á una muger.
CIRILO. Bonita?
TERESA. No es menester
que lo sepas.
CIRILO. Acabemos.
CARLOS. Una con quien he tenido...
así, como...
CIRILO. Relaciones.
Al grano, sin digresiones.
CÁRLOS. Pienso que me has entendido.
En ellas hemos estado
tres meses y una semana;
mas esta misma mañana
me incomodé y he quebrado.
CIRILO. Quebrado, y con esa flema?
Llama pronto á un cirujano.
No lo dejes de la mano.
CÁRLOS. Hombre, no seas postema.
Quiero decir, que acabamos,
lo entiendes? de ser amigos,
y que ya, como enemigos,
implacables nos odiamos.
CIRILO. Bien, y cuál es mi mision
al lado de esa señora?
Pretendes saber si llora
y me pide tu perdon?
CÁRLOS. No es eso: solo pretendo
que para su casa partas,
y le lleves estas cartas.
CIRILO. Sigue, que ya te comprendo.
CÁRLOS. Estas son las cartas suyas:
se las dás, y de contado
dices que vas encargado...
CIRILO. De recogerle las tuyas.
CARLOS. Justamente.
TERESA. Qué papel
tan brillante le confieres!
CIRILO. *(Examinando el papel.)*
No es muy malo: las mugeres
siempre escriben en tropel.
CÁRLOS. Primo, como es delicada
la comision, he pensado
no darla á ningun criado:
pero si te desagrada...

TERESA. Y tú por qué no la haces?

CÁRLOS. Por la sencilla razon
de no querer mas cuestion.
Tampoco te satisfaces?

CIRILO. Muger, todo lo acriminas.
Vamos, estoy decidido.

CÁRLOS. Ahora estará su marido
corriendo las oficinas.

CIRILO. Con que es una casadita?

CÁRLOS. Con un agente.

CIRILO. De qué?

CÁRLOS. De negocios.

CIRILO. Pues á fé
que en los suyos se acredita.
Cárlos, me ocurre una idea.

CÁRLOS. Cuál es?

CIRILO. La de consolarla:
yo procuraré ablandarla,
por supuesto si no es fea.

CÁRLOS. Lo que quieras. No me ocupo...

TERESA. Qué están ustedes hablando?

CIRILO. Nada. Estábamos tratando
de corregir ese grupo...

TERESA. Siempre la misma manía.

CIRILO. Pues voy como una saeta.
Pero calla... y la capeta?
Está rota.

CÁRLOS. Ten la mia.

CIRILO. Lo mejor se nos pasaba.
No me has hecho relacion
del nombre y la habitacion.

CÁRLOS. Es verdad, se me olvidaba.
Número doscientos tres;
la calle del Arenal;
primer cuarto principal;
preguntas por doña Inés.

CIRILO. *(Aparte á Cárlos.)*
Yo voy á poner en juego
todos mis rasgos...

CÁRLOS. (De tonto.)
Sí, despáchate, vé pronto.

TERESA. Otro secreto?

CÁRLOS. Hasta luego.
(Váse por el fondo.)

ESCENA X.

CÁRLOS.—TERESA.

TERESA. Pero Cárlos, es posible
que no te canses de enredos?
Siempre metido en intrigas
de amores y galanteos;
siempre con algo en las mientes
que te devane los sesos.
Jesús, Jesús y qué vida!
No te encuentras satisfecho
todavia de amoríos?

CÁRLOS. Muger, no tengas mal genio,
que todo se irá arreglando.

TERESA. Yo no concibo el arreglo,
mientras tú no te convenzas
y sigas otro sendero.
Sabes tu proximidad
á recibirte de médico,
y no te acuerdas de nada
fuera de tus devaneos.
Tú caudal es reducido,
y malgastas con esceso.

CÁRLOS. Pues todo se arreglará:
lo verás. Tengo un proyecto,
que una vez ejecutado,
satisfará tus deseos.

TERESA Vamos á ver, y cuál és?
Esplicate sin rodeos.

CÁRLOS. Es un proyecto espantoso
un horrible pensamiento
adoptado en la agonia,
en la angustia y el tormento,
que se apodera del hombre
cuando no tiene dinero.

TERESA. Acaba.

CÁRLOS. Voy á casarme.
Es el único remedio
que puede ser eficaz
para volverme el sosiego.

TERESA. Y á eso llamas espantoso
y horrible? Santos del cielo!
llamar horrible al estado
mas feliz...

CÁRLOS. Para el zopenco
que vive como el cartujo

reducido á su convento,
y se conforma y no tiene
fuera del cláustro deseos.
Pero para una alma grande
como la mia, himeneo
es la institu:ion mas mala
que los hobbres concibieron.

TERESA. Y has buscado ya la novia?

CÁRLOS. Teresa, si lo más negro
es que estoy enamorado.

TERESA. Tú querer?

CÁRLOS. Y como un necio.

TERESA. Pues entonces, que te cases
me parece lo mas cuerdo.
Gozarás tranquilidad.

CÁRLOS. Sí, mucha. Mira el ejemplo
que me presta tu marido.

TERESA. Y aunque estuviera soltero
hubiera evitado el lance?

CÁRLOS. Pobre Cirilo! Qué miedo
demostraba esta mañana!

TERESA. Muy natural. Y qué medio
tratas de poner en práctica
para evitar ese duelo?

CÁRLOS. No lo sé.

TERESA. Pues no dijiste
que tú te encargabas de ello?

CÁRLOS. Es verdad, por serenarlo:
mas no conozco un pretesto
para cortar la reyerta,
sin decir...

TERESA. Estamos frescos.

CÁRLOS. Si el retador fuera otro,
te aseguro, te prometo
que por Cirilo riñera;
pero con ese no puedo.

TERESA. Y no podrás esplicarle...
en lo que estriba su yerro?
Tal vez él se convenciera...

CÁRLOS. Eso muchísimo menos.

TERESA. Pues es necesario ver
de qué escusa nos valemos,
porque Cirilo no riña.

CÁRLOS. El sabe que de secreto
estais casados?

TERESA. No tal.
Cuando preguntó altanero
la razon de estar yo aquí,

dijo Cirilo muy fresco
que era su hermana. Ya sabes
que hace un profundo misterio
de nuestra boda; su tio
aun la ignora.

CÁRLOS. Bien, me alegro.
Esa mentira dá márgen
á que yo le emboque ciento.

TERESA. Por fin, qué piensas hacer?
Ay! Ya está aquí. Dios eterno!
Evita de cualquier modo
sus criminales proyectos.

ESCENA XI.

Dichos.—DON AMADEO *con armas.*

AMADEO. Señorita, quiere usted
decirle á ese caballero
que ya estoy aquí?

TERESA. Ha salido.

AMADEO. Y no ha dicho si lo espero?

TERESA. No señor, no ha dicho nada.

AMADEO. Suele tardar mucho tiempo
cuando sale?

TERESA. Sí señor:
el dia que tarda menos
se vá despues de almorzar,
y cuando vuelve, el sereno
lo acompaña.

AMADEO. Grandemente.
Qué vida, qué desarreglo!
Pues de mi no ha de burlarse,
porque de aqui no me muevo
hasta que vuelva y me dé
satisfaccion de la...

TERESA. Pero,
si muchas veces no viene
ni á dormir. Cárlos, qué hacemos?

AMADEO. Todo me es indiferente.
Como soy viudo, no tengo
quien me aguarde por la noche,
y por lo tanto lo espero
aunque tarde una semana.

CÁRLOS. Vaya un hombre majadero!

TERESA. Pero, Cárlos, tú no hablas?

CÁRLOS. Allá voy. Don Amadeo?

AMADEO. Hola! Sabe usted mi nombre?
CÁRLOS. (Qué torpe!) Cuando el suceso
se me contó por mi primo,
tuve el gusto de saberlo.
AMADEO. Quién es su primo de usted?
CÁRLOS. El que espera.
AMADEO. Ese perverso?
CÁRLOS. Está usted en un error,
y yo debo deshacerlo.
AMADEO. Usted toma su defensa?
CÁRLOS. Hombre, no: lo que pretendo
es enterarlo.
AMADEO. De qué?
CÁRLOS. De un insondable secreto.
AMADEO. De un secreto? Ya le oigo.
CÁRLOS. Usted vá á tener un duelo
con un hombre que no es hombre.
AMADEO. Que no es hombre? No lo entiendo.
CÁRLOS. La persona á quien espera
pertenece al bello sexo.
AMADEO. Amigo, usted ha pensado
que trata con un muñeco,
y es necesario que sepa
que yo no me mamo el dedo.
CÁRLOS. Ya sé que no se lo mama,
y por lo mismo, deseo
me preste...
TERESA. (Qué le dirá?)
CÁRLOS. Atencion por un momento,
y quedará convencido
de la verdad.
AMADEO. Lo veremos.
CÁRLOS. Esta niña y la que espera,
la fatalidad tuvieron
de quedar desamparadas,
sin padres y sin abuelos
á los diez años de edad;
Ya vé usted: tal contratiempo
sin quedarles más recurso
que algun atrasado sueldo
del padre...
AMADEO. Fué militar?
CÁRLOS. Cabalmente.
AMADEO. De qué cuerpo?
CÁRLOS. Pienso que del de la Pava.
AMADEO. Y su nombre, y el empleo?
CÁRLOS. Don Camilo Traga-bolas.
AMADEO. Traga-bolas... No recuerdo...

aunque tambien he servido;
pero seré mas moderno.

CÁRLOS. Mucho más.

AMADEO. Y qué pasó?

CÁRLOS. Lo natural. Se comieron
en pocos meses las pagas
con un pariente usurero,
que las hechó de su hogar
así que se concluyeron,
y las pobres criaturas
no tuvieron mas remedio
que ponerse á trabajar.
Mas dotadas de talento,
conociendo los peligros,
los insultos y atropellos
á que se hallaban espuestas...
(Cárlos habla al oido á D. Amadeo).

TERESA. Me parece que es muy terco,
y que no se le convence.

AMADEO. Calle! Qué está usted diciendo?
Con que se vistió de hombre?

CÁRLOS. Como era la de más cuerpo,
á Cirila la tocó
la trasformacion.

AMADEO. Y luego?

CÁRLOS. Permaneció disfrazada
consiguiendo el doble objeto
de resguardar á las dos,
y de ganar el sustento
en cosas más lucrativas
que bordar blondas y velos.

AMADEO. Pues no fué mala la idea.
Ya se vé, siendo su sexo
el mismo que de mi hija,
ya no estraño sus rodeos
al hablarla de la boda.
Mas dígame usted, advierto
en la cara...

CÁRLOS. Qué! la barba?...

AMADEO. Sí señor.

CÁRLOS. Consiste eso
en que bromeando un dia,
se afeitó: despues por juego
lo repitió varias veces;
y tal entretenimiento
produjo lo natural,
necesidad de barbero
una vez en la semana.

AMADEO. Lo que me tiene perplejo
es la entrada de mi hija
en este cuarto.

CÁRLOS. Temiendo
su justa cólera...

AMADEO. Bien.
Y el amante?

CÁRLOS. Del suceso
no sé mas. Ya que enterado
se encuentra usted del secreto,
no deberá incomodarse
esperando por mas tiempo.

AMADEO. Despues de lo que ha pasado
por mi ligereza, creo
que debo pedir perdon
a esa niña de mi esceso.
Con mi cortedad de vista,
y luego sin espejuelos,
no tiene nada de estraño
que haya trocado los frenos.

CÁRLOS. Pero si ella no se acuerda...

AMADEO. (Qué dichoso casamiento
para un celoso cual yo!
Guardada por su encubierto,
nadie la cortejará,
y el marido satisfecho...)

TERESA. (Rato llevan de tarea.)

CÁRLOS. Conque...

AMADEO. Me voy: pero vuelvo:
hasta ponerme á sus piés
no descansaré un momento.
(Váse.)

ESCENA XII.

CÁRLOS.—TERESA.

CÁRLOS. Vaya un hombre original!

TERESA. No has logrado convencerlo?

CÁRLOS. Si, muger, pero de un modo...

TERESA. Renuncia por fin al duelo?

ESCENA XIII.

Dichos.—CIRILO.

CIRILO. Ya estoy aqui, primo mío,

de mi trabajosa empresa.
Y el hombre del desafio
sigue con su desvario,
ó cumpliste tu promesa?

CÁRLOS. Ya está más apaciguado.
Cuéntame punto por punto...

CIRILO. Ay Cárlos! Al mas pintado
doy yo lo que me ha pasado
en tu epistolar asunto.

TERESA. Te habrá visto su marido?

CIRILO. Quién sabe! Me escuchareis
la verdad de lo ocurrido,
y despues de haberla oido,
vosotros deducíreis.
Ay, Cárlos, qué criatura!
No he visto cosa mejor.
Qué boca! Qué dentadura!
Qué garganta! Qué cintura!
Y qué pelo! Y qué color!
Y los ojos?

TERESA. Bien, al grano:
á ti no te importa nada
que tenga el rostro galano,
ni buen pié ni hermosa mano.

CIRILO. *(A Cárlos.)*
Esa la tiene pesada.

CÁRLOS. Le dijiste algo? Qué tal?
La encontraste predispuesta?

CIRILO. Repara este cardenal
y esta sangrienta señal,
y alcanzarás la respuesta.

TERESA. Vamos.

CIRILO. Yo te contaré...

TERESA. Acaba tu relacion.

CIRILO. Luego que la saludé,
las cartas desenvainé
y despues mi comision.
«Diga usted al que lo envia,
dijo sacando las tuyas,
que tengo suma alegria
en que guarden armonia
mis ideas con las suyas.
Que de hoy más, puede creer
evitaré su recuerdo,
y que memorias de ayer
no turbarán mi placer,
pues si le ví, no me acuerdo.»
Alma grande, no es verdad?

CÁRLOS. Coqueta, olvida el amor!
CIRILO. Esa misma enfermedad
padece en la actualidad
todo el sexo encantador.
CÁRLOS. Prosigue.
CIRILO. Me despedí
haciéndola un gran cumplido,
y por la puerta salí,
compadeciendo entre mi
la desgracia... del marído.
TERESA. Y es ese todo el suceso
que tanto nos ponderabas?
CIRILO. Si no se reduce á eso.
Aun queda lo de más peso.
TERESA. Pues, hombre, por qué no acabas?
CIRILO. Ya en el último escalon
topé con un caballero,
y sin decir la razon
me descargó un pescozon
lo mas atróz, lo mas fiero...
CÁRLOS. Y sufriste?..
CIRILO. Si, un dolor
agudo.
CÁRLOS. Pero, qué hiciste?
CIRILO. Meter el labio inferior
debajo del superior,
y dar un «ay!» el más triste...
CARLOS. Pero luego, enfurecido...

CIRILO. Ejecuté mi deber.
Miré aquel hombre atrevido,
y tomé el mejor partido.
TERESA. Cuál?
CIRILO. Apretar á correr.
CÁRLOS. Cobarde! no se vengó,
y se volvió tan tranquilo.
CIRILO. Caprichos. Más quiero yo
que digan «aqui corrió.»
que «aqui murió don Cirilo.»

ESCENA XIV.

Dichos.—DON PEDRO.

PEDRO. *(Tocando al hombro de Cirilo.)*
Caballero?
CIRILO. Señor mio?

CÁRLOS. (El marido! cielo santo!)
PEDRO. Hágame usted el favor...
CIRILO. De sufrir otro sopapo?
PEDRO. De escuchar una palabra.
CIRILO. Usted habla con las manos,
y duelen mucho sus frases,
por consiguiente no trato...
CÁRLOS. *(Aparte á Cirilo.)*
Oyele, yo estoy aquí.
CIRILO. Pues señor, vamos andando.
TERESA. Por hacerte á ti un favor
va á tener otro quebranto.
PEDRO. Ya sabe usted que le he visto.
CIRILO. Lo que sé es que me ha palpado
y todavia me escuece.
PEDRO. Sepa que estoy ya muy harto,
y quiero satisfaccion.
CIRILO. Satisfaccion? De qué agravio?..
PEDRO. De su amor á mi muger.
CIRILO. Pero hombre, está usted soñando?
Quién es su muger?
PEDRO. Infame!
CIRILO. Hoy todos están borrachos.
El otro que amo á su hija;
éste que á su muger... Vamos,
si no pierdo la cabeza!..
TERESA. *(A Cárlos.)*
Lo vés? Están disputando.
PEDRO. Señale usted dia y armas.
CIRILO. Para qué?
PEDRO. Para matarnos.
CIRILO. Bueno, lo señalaré.
que ya estoy amostazado,
y yo no sufro de nadie...
PEDRO. Con pistola?...
CIRILO. O con retaco.
Me es igual.
PEDRO. El sitio y hora?
CIRILO. Dentro de ochenta y tres años,
en este mismo lugar.
Qué no falte usted.
PEDRO. Villano!
Ha de ser hoy, sin tardanza.
CIRILO. Hoy estoy muy ocupado.
PEDRO. Nada, contésteme usted.
A estocadas ó á balazos?
CIRILO. Ni á balazos, ni á estocadas:
si yo no entiendo el asalto,

ni apunto.

PEDRO. Con chocolate,
podemos salir del paso.

CIRILO. Hombre, si, me gusta mucho:
y salchichon! Que un bromazo
acabe las desazones.
Esto es lo mas acertado.

PEDRO. Dos onzas de soliman.
en cualquiera de los platos.
Se hechan suertes, y al que toque,
rebienta como un petardo.

CIRILO. Jesus, qué barbaridad!
Vaya un pensamiento estraño!
morir...

PEDRO. Este desafio
lo usan mucho los polacos.

CIRILO. Pues vaya usted á Polonia.

TERESA. Pero, Cárlos, lo dejamos
en tan grave compromiso?

CARLOS. Yo no despego mis labios,
porque soltaré la risa
y todo lo desbarato.

TERESA. Despues que tú eres la causa...

CARLOS. *(Viendo entrar á D. Amadeo.)*
Pues yá se completó el cuadro.

CIIRLO. *(Retirándose de D. Pedro.)*
El otro? Dios me socorra!

ESCENA VX.

Dichos.—D. AMADEO.

AMADEO. *Dirigiéndose á Teresa.)*
Señora...
(A Cárlos.)
Yo no le hablo,
por no dar que sospechar
á ese caballero, estamos?
Pero despues

CARLOS. Ciertamente.
(A Teresa.)
Sabes lo que estoy pensando?
Decirle á D. Amadeo
que le saque del pantano.

TERESA. Cómo?

CARLOS. Contándole á este
los insondables arcanos

que yo le comuniqué.

TERESA. Y que á mí me has ocultado.

CÁRLOS. Porque temo que la risa
nos pierda. Vete á tu cuarto.

TERESA. Qué enredos habrá fraguado? *(Váse.(*

ESCENA XVI.

D. PEDRO.—CARLOS.—CIRILO.—D. AMADEO. *Cárlos se dirige á D. Amadeo y le habla en secreto.*

CIRILO. No señor no me convenzo.
Usted está equivocado.

PEDRO. Si yo mismo le he seguido.

CIRILO. No digo yo lo contrario;
pero eso no es una prueba...

AMADEO. Bueno: quedo en el cargo.

CARLOS. Compóngalo usted de modo...

AMADEO. Me interesa demasiado
para que yo lo descuide.

CARLOS. Le interesa á usted?

AMADEO. Y tanto.
Puede usted marchar tranquilo.

CARLOS. Buena danza hemos armado!
(Váse.)

ESCENA XVII.

DON PEDRO.—CIRILO.—DON AMADEO.

PEDRO. Acabemos, caballero.

CIRILO. Le digo que no me bato.

AMADEO. *(Agarrando á Cirilo del brazo y de modo que no lo oiga don Pedro.)*
No tema usted, señorita,
que yo la escudo, la amparo.

CIRILO. Señorita, con quién habla?

AMADEO. *(Aparte á don Pedro.)*
Caballero.

CIRILO. (Yo no alcanzo.)

AMADEO. Oigame usted un momento.

PEDRO. Y dos tambien.

AMADEO. Vamos claro:
calcula usted que esa riña
se podrá llevar á cabo?

PEDRO. Tanto como lo calculo.

AMADEO. Pues está usted engañado.
PEDRO. Tratará usted de impedirla?
AMADEO. Lo que quiero es enterarlo
del poderoso motivo
que lo estorba.
PEDRO. Pues sepamos.
CIRILO. Parece que hablan de mi.
Diera un dedo de la mano
por saber de lo que tratan.
Lo positivo del caso
es que yo no he de reñir
aunque caigan... Sin embargo,
bueno será no indicarles
en mi semblante el espanto.
Pondremos el rostro sério,
iracundo, avinagrado,
y asi tal vez se contengan.
PEDRO. En efecto, es lance estraño.
Lo que es á primera vista
el más ducho lleva chasco.
AMADEO. Pero parándose un poco,
en mirándola despacío,
desde luego se conoce...
PEDRO. Despues de estar enterado...
AMADEO. Y antes. Esa caudidez,
esa sonrisa, ese garbo
no se pueden despintar.
CIRILO. No dije? Ya están mirando.
AMADEO. La cara es interesante.
PEDRO. Si, como la de un alano.
AMADEO. Estoy casi decidido
á que indisoluble lazo
una mi vida á la suya.
PEDRO. Será usted feliz.
AMADEO. Es claro.
PEDRO. Pues señor, voy á decirla,
que dispense mi arrebato.
Señorita?
(Don Amadeo se sienta.)
CIRILO. Tambien éste?
PEDRO. Perdóneme, si llevado
de mi carácter adusto,
y de involuntario engaño
me propasé con usted,
descargando...
CIRILO. El puñetazo?
Si apenas me duele ya.
Pierda usted todo cuidado,

yo no me ofendo.

PEDRO. No obstante,
como ciego partidario
de las damas, he sentido
mi torpeza, pero en cambio
cuénteme usted, señorita,
de hoy mas como apasionado
de sus gracias.

CIRILO. Dale bola!
De quién estamos hablando?

PEDRO. De usted, señora, de usted.

CIRILO. De mi? Yo señora? Vamos.
hoy todos están bebidos.
Yo muger? Cuando no hay macho
mayor en todo Madrid.

PEDRO. Si así fuera, ya hace rato
que uno de nosotros dos
estuviera amortajado.

CIRILO. (Conque muger ó batirse!
Pues muger. Yo no me bato.
Sigámosle su capricho.)

PEDRO. Conozco todo el arcano.

CIRILO. Hombre, todo?

PEDRO. Si señora.
De todo estoy enterado.

CIRILO. Sabe usted el gran secreto
de la... de lo... del... Si alcanzo
ni una palabra!..

PEDRO. Lo sé.

CIRILO. Siendo así, nada le encargo.
Por Dios que no se columbre!..

PEDRO. Hombre, soy algun muchacho?
Como usted no lo descubra,
por mí parte ha de ignorarlo
todo el mundo.

CIRILO. En cuanto á mí
le juro por lo más santo
que á nadie lo esplicaré.
Pues es poco delicado
para que yo!.. Qué será?

PEDRO. Señorita, yo me marcho.
Repito que me dispense.

CIRILO. Nada, si yo no le guardo
rencor.

PEDRO. Á los piés de usted.

CIRILO. Vaya usted con Dios... don Asno.
Pero, señor, qué secreto?

PEDRO. *(Á don Amadeo.)*

Todo me lo ha confesado.
(Váse por el fondo.)

ESCENA XIII.

DON AMADEO.—CIRILO.

AMADEO. Si es un ángel de inocencia!
CIRILO. Por fin tuvo la bondad
de marcharse; mas el otro,
segun veo, no se irá
sin volver á la tarea
de la niña, y del altar,
y las armas... Vaya un dia
completo en tranquilidad!
AMADEO. (Nada. Cuantó más lo pienso,
me convenzo más y más
de que esa linda muchacha
hará mi felicidad.)
(Se levanta)
CIRILO. Adios! Ya se levantó
La Virgen nos saque en paz.
AMADEO. Señorita?
CIRILO. Vuelta al ajo!
AMADEO. Si usted se digna escuchar...
CIRILO. Ya le escucho; pero advierta
que hay bromas que sientan mal.
Yo soy muy hombre, me entiende?
Por lo tanto, es necedad
venirse con esas chanzas.
AMADEO. Por la Virgen del Pilar!
si yo estoy en el secreto.
Todo me lo han dicho.
CIRILO. Ah!
Con que usted tambien lo sabe?
AMADEO. Si, señora.
CIRILO. Bueno va.
Pues á este paso, no hay duda;
los ciegos lo cantarán,
y estaré yo sin saberlo
siendo el papel principal.
Hombre, quiere usted decirme?..
AMADEO. Señora si ese es mi afan.
Decirle á usted que la adoro,
que la idolatro, que ya
no hay para mí en este mundo
otra dicha ni solaz

que llamar á usted mi esposa.
CIRILO. Vaya una vestialidad!
usted casarse conmigo?
AMADEO. Hablo de veras, formal.
CIRILO. Dispénseme la pregunta:
ha sido rom ó champañ?
Á usted le gusta un traguito.
AMADEO. Por Dios, no me haga penar:
pronuncie el plácido sí,
y el tálamo conyugal
será de hoy en adelante
nuestro mútuo bienestar.
CIRILO. Hombre no sea usted bruto!
Respete mas la moral.
AMADEO. Mis intenciones son puras,
y esta mano en el altar...
(Le coge la mano.)
CIRILO. Vamos, estése usted quieto.
AMADEO. No la soltaré jamás.
Señorita Traga-bolas,
tenga usted de mí piedad.
CIRILO. Traga qué?
AMADEO. Cirila mia,
deja mi boca estampar
en esta mano de nieve.
CIRILO. Por vida!..
AMADEO. Qué áspera está!
CIRILO. Digo que no quiero juegos.
AMADEO. Á esto le llamas jugar?
Permíteme que un brazo
te persuada...
CIRILO. Voto á san!..
Déjeme usted ó doy voces.
(Se retira y don Amadeo procura abrazarlo)
AMADEO. No temas! Soy de fiar.
CIRILO. *(Llamando.)*
Teresa, Cárlos!
AMADEO. Por Dios!
CIRILO. Por Dios y por Satanás
le pido que se esté quieto!
Teresa, Cárlos acá!
AMADEO. Cirila, serás felíz.
CIRILO. Vaya una felicidad!

ESCENA XIX.

Dichos.—TERESA.—CÁRLOS.

CÁRLOS. Cirilo, qué te sucede?
CIRILO. Que este hombre es muy animal..
AMADEO. Voy á buscar á mi hija
para que venga á abrazar
á su futura madrastra.
(*Váse.*)

ESCENA XX.

Dichos, menos DON AMADEO.

CIRILO. Teresa, busca un dogal:
hazme el favor.
TERESA. Para qué?
CIRILO. Porque me voy á colgar
de la primera alcayata..
TERESA. Tan desesperado estás?
CIRILO. Y quién no se desespera,
cuando sin irlo á buscar,
es el juguete y la burla
de todo pelafustan?
El uno, que amo á su hija;
El otro, que á su mitad;
los dos me llaman señora,
eso es capaz de cargar...
Y luego, así, por contera
se viene ese original
con la broma más pesada.
CARLOS. Cuál es?
CIRILO. Se quiere casar.
CARLOS. Y tú qué tienes que ver?..
CIRILO. Pero es conmigo. Qué tal?
CARLOS. Hombre, soberbio partido!
CIRILO. Carlitos... por San Millan...
Mira que no estoy de humor..,
TERESA. (*Riendo.*)
Vamos, no hay que desbarrar,
Señora Doña Cirila.
CIRILO. Hola! No faltaba más!
Tú tambien con chanzonetas?
Pues quizá te haga bailar
lo mismo que baila un trompo,

si me vuelves!..

CÁRLOS. *(Mirando á Don Amadeo.)*
Ahí está!

ESCENA XXI.

Dichos.—DON AMADEO.—MATILDE.

AMADEO. Aquí la tienes, Matilde:
comtempla su bello rostro.
Dale un abrazo, hija mia

MATILDE. Papá, se ha vuelto usted loco?

AMADEO. Será tu segunda madre.

CIRILO. Hombre, con dos mil demonios!
Déjese usted de sandeces.

AMADEO. Aun me guarda usted enojo?
Vaya, abrázala, Matilde.

CIRILO. Dios eterno! Qué bolonio!
Pues señor algo se pesca.
(Se abrazan.)

MATILDE. Aqui Cárlos, qué bochorno!

AMADEO. Firmes. Y despues mil besos
de cariño.

CIRILO. No me opongo.

AMADEO. Acábese la etiqueta.
Principia tú.

TERESA. Poco á poco.
Yo no puedo permitirlo.

CÁRLOS. Ni yo.

AMADEO. Cuál es el estorbo?

CIRILO. Dice bien. Entre señoras...

CARLOS. Aparta, Matilde.

TERESA. Mónstruo!...

AMADEO. Pero qué viene á ser esto?

TERESA. Hombre, no sea usted topo.
Es tan hombre como usted.

AMADEO. Quiá.

CÁRLOS. Si señor.

TERESA. Es mi esposo.

CIRILO. Oigame usted, no los crea.
Los dos son muy envidiosos,
que me bese á mí la chica,
y dejemos á esos tontos
que digan lo que quisieren.

AMADEO. Pues es claro! Niña, pronto,
dale un beso á tu mamá.

CÁRLOS. Qué terco! Será forzoso

decirle á usted que no quiero?

AMADEO. Y usted quién és?

CÁRLOS. Soy su novio.

AMADEO. Ah! Ya caigo. Quién pensara!..
(Mirando á Cárlos y Cirilo.)
Conque es otro el venturoso.
Cómo ha de ser! Señorita?..
Si ustedes se aman, conozco...

CÁRLOS. Por Dios! vuelva usted en sí
A quien amo, á quien adoro
es á Matilde.

AMADEO. A mi hija?
Será usted tal vez el mozo
que la abrazó en la escalera?

CARLOS. Sí señor.

AMADEO. Muy bien: supongo
que las armas labarán...

CÁRLOS. Las armas no; el matrimonio.
Cuando usted nos divisó
dime á correr temeroso,
y en una de esas boardillas
penetré, haciéndome el sordo
á las voces que me daba.
Despues, temiendo su enojo
y no queriendo sufrir
un largo interrogatorio
sobre el lance con la niña,
inventé el solemne embrollo
de las supuestas hermanas,
para evitar por de pronto
el injusto desafio
con Cirilo.

AMADEO. Qué demonio!..
Quién diria que era hombre?..

CIRILO. Otro hombre que no esté loco.

AMADEO. Conque es decir, francamente,
que yo estuve haciendo...

CIRILO. El oso.
Y yo la mona, cabal.

CÁRLOS. Se efectuará el desposorio,
y todos en una casa
viviremos.

TERESA. Me conformo.

CÁRLOS. *(A Don Amadeo.)*
Le advierto que el casamiento
de estos chicos es incógnito.

CIRILO. Lo fué; pero te aseguro
que de hoy mas lo sabrán todos.

No mas secreto, Teresa.
hoy ha llegado á su colmo
mi sufrimiento, y me urge
publicar el matrimonio
para evitar que mi sexo
lo equivoque ningun prógimo.

TERESA. Pero y tu tio?

CIRILO. No escucho.

TERESA. Y la herencia?

CIRILO. Nada oigo.

CÁRLOS. Nosotros le escribiremos
y se arreglará el negocio,

CIRILO. Ven acá.

TERESA. Qué vas á hacer?

CIRILO. Nada, cumplir mí propósito.
(*Al público.*)
Aunque me pese despues
hago pública mi union.
Mi consorte... Ya la vés.
Mira qué bonita es.
Merece tu aprobacion?
No te pongas colorada.
quizá te regalarán...
Vamos, no les pides nada
Qué quieres?

TERESA. Una palmada.

CIIRLO. Y á tí te la negarán?

FIN DE LA COMEDIA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 23 de Febrero de 1850.

Aprobada y devuélvase.

BALTASAR ANDUAGA Y ESPINOSA.

Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El marido duende.
El remedio del fastidio.
El lunar de la marquesa.
La pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La ceniza en la frente.
Un matrimonio á la moda.
La voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos.
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna
El oficialito.
Ataque y defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un hidalgo aragonés.
Un verdadero hombre de bien
La esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios hijo.
No se venga quien bien ama.
La estudiantina.
La escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El rey de los primos.
La caberna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y desengaños.
La amistad ó las trés épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Desdichas de timoteo.
La luna de miel.
Un ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del Alma.
Pipo, ó el Príncipe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El congreso de gitanos.
El preceptor y su muger.
La ley sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el albañil.
Maria y Felipe.

EN UN ACTO.

La señora de Mendoza?
De fuera vendrá...
Juan el tornero.
La doctora en travesura.
Un milagro del misterio.
La mula de mi doctor.
Á los piés de V., señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La muger de dos maridos.
Ladron y verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje al rededor de mi muger.
Un viaje al rededor de mi marido.
El marido universal.
Un sentenciado á muerte.
No se hizo la miel.
Los preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon
La union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un fusil del dos de Mayo.
Cuerdos y locos.
Pts. Pts.
Entre Seila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La piel del diablo.
Si buena ínsula me dan.
El perro rabioso.
De qué?
La herencia de mi tia.
La capa de José.
Ali-Ben-Sale-Abul-Tarif.
Los apuros de un guindilla.
El sacristan del Escorial.
El sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco piés y tres pulgadas.
Á la córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El aguador y el misámtropo
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno
Huyendo del peregil.
El chal verde.
El don del cielo.
La esperanza de la patria *loa*
Alza y baja
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jerobas.

Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
¡Estrupicios del amor.
Mi media naranja.
Un ente singular.
Juan el perdio.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor
¡Un bofeton!, y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y mujer
Cuerpo y sombra.
Un ángel tutelar.
El turron de Noche-buena.
La casa deshabitada.
Un contrabando.
El retratista.
Un año en quince minutos.
¡Un cabello!
Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una aventura en marruecos
Haydé ó el secreto.
El tren de escala.
Aventura de un cantante.
La estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados...
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones.
El campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches señor Don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la muger de don Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de S. Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La echicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa
La pradera del Canal.
La Noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

ADVERTENCIAS.

La Direccion se halla establecida en Salamanca, desde donde se servirán los pedidos que se hagan.

Pidiendo ejemplares á la Direccion se hace una rebaja proporcionada á la importancia del pedido.